



Opinión

De "los palomillas" a la infancia vulnerada

Niños vestidos con ropa de adultos, descalzos, con sabañones, piojos, picados por chinches y pulgas; pelados al rape, lo que remarcaba su condición de "palomillas", expresión que partió de un titular de prensa -"Las Palomas del Mapocho"- para derivar en palomillas o pelusas. Alfredo Ruiz-Tagle consigna todas esas maneras de llamar a "los niños vagos" en un libro que escribió junto con crear la fundación Mi casa, en 1948. Eso fue cuatro años después de que Alberto Hurtado diera vida al Hogar de Cristo, en octubre de 1944.

Han pasado ocho décadas y lo que hoy llamamos "infancia vulnerada", no se distingue en nada del resto de los niños. Usan zapatillas similares, jeans, poleras y polerones con leyendas en inglés y personajes de la cultura pop. Nada externo los diferencia. La procesión y el daño que provoca nacer y crecer en pobreza van por dentro.

Alberto Hurtado murió de cáncer a los 51 años, superando la esperanza de vida que, en 1950 en Chile, era de 50 para los hombres y de 52 para las mujeres. Hoy la vida se alarga en promedio hasta los 78 para ellos y hasta los 82 para ellas. Índices de país desarrollado, pero con una calidad de vida que nos hace preguntarnos si vale la pena tanto logro en longevidad. Se estima que en el 2050 un tercio de los habitantes del país serán adultos mayores. Hoy, el 71% de quienes cuidan a personas mayores son mujeres, no reciben remuneración, la mitad son mayores de 60 años y trabajan de lunes a domingo.

En 1940, el 42% de la población del país -que era de 5 millones de personas- no sabía leer ni escribir. Fue en 1960, con el gobierno de Eduardo Frei Montalva y la perseverancia de Juan Gómez Millas como ministro de Educación, que la meta de lograr la total escolarización de los niños en Chile se consiguió. Hasta entonces, la educación secundaria era propia de una élite: sólo un 15% participaba de ella. Hoy, la cobertura es teóricamente universal, mientras que la educación

terciaria supera el 57%. Pero se quedan en el camino 300 mil niños, niñas y jóvenes excluidos del sistema escolar, lo que equivale al número anual de egresados de enseñanza media, una generación completa, y pocos parecen comprender el desastre que eso representa.

En estos 80 años de existencia de nuestra causa, hay nuevas y complejas formas de vulnerabilidad y pobreza. La experiencia de tres modelos innovadores del Hogar de Cristo nos demuestra que es posible superarla a través de soluciones colaborativas. El Hogar de Cristo ha sido líder en la implementación del programa Vivienda Primero. La casa es lo primero y lo central para que una persona deje la calle y recupere su vida y su dignidad. Eso ha pasado con cerca de un millar de hombres y mujeres desde 2019 a la fecha, gracias a la colaboración del Ministerio de Desarrollo Social y de otras instituciones sociales. Sin embargo, la falta de arriendo asequible y el limitado financiamiento estatal desafían el alcance de este programa.

Una pequeña parte de los niños que tienen vulnerado su derecho a la educación, encuentran en Súmate, del Hogar de Cristo, y en otros colegios que han adoptado este camino, las escuelas, que les permiten reintegrarse a la educación y terminar su trayectoria escolar. Esto se logra con un modelo especializado, que considera las múltiples dificultades de los jóvenes y consigue que un porcentaje de ellos siga estudios superiores. Una modalidad que en 2021 se convirtió en ley, pero que es solo una ley de papel, pues aún no se garantiza su financiamiento.

Una pequeña parte de los niños encuentran en Súmate del Hogar de Cristo, y en colegios que han adoptado este camino, los programas que les permiten reintegrarse a la educación.



JUAN CRISTÓBAL ROMERO
Director ejecutivo del Hogar de Cristo